



Clase magistral de teatro Cátedra impartida en el Colegio de Literatura Dramática y Teatro de la UNAM (segunda parte)

FRANCISCO TURÓN

¿Qué pasa cuando leemos Shakespeare? Decimos: “¡No mames! ¡Es que eso es el amor!” No habíamos entendido nada del amor. Por ejemplo cuando tu tienes un rompimiento amoroso y te destrozan el corazón, puedes ir con psicólogos y con cualquier tipo de especialistas que te expliquen: “Mira, en realidad lo que te pasó es una consecuencia del enamoramiento que dura tres años, y es una encima que suelta no sé que chingaos en el cerebro, etcétera” Te lo pueden explicar de mil maneras. Tus amigos te pueden dar consejos: “Carnal, la verdad es que así son las viejas, no te preocupes, se te va a pasar, es típico brother” Y un día estás sentado en el cine viendo una película y te pones a llorar. Y dices: “¡Eso es lo que me pasa! Este director hizo esta película para mí. Es el único que me entiende. Y vuelves a llorar. Y tienes una catarsis. Y entiendes. El arte nos explica con manzanitas una parte de la vida que tiene que ver con el espíritu, no con el cuerpo, ni tampoco con la mente. Hay cosas que no se entienden con el raciocinio. Es como tratar de explicar el Santo Grial y decir que en realidad es la hija que tuvo Cristo con María Magdalena, pero ésas son mamadas. El Santo Grial es un concepto que quien no lo entiende es porque no tiene una relación con la espiritualidad como la que el Santo Grial requiere. Los caballeros de la mesa redonda buscaban el Santo Grial, no buscaban una copa, ni tampoco buscaban a la hija de María Magdalena, buscaban una iluminación. Es como la piedra filosofal. Lean a Borges. La piedra filosofal no existe. La búsqueda de la piedra filosofal es la piedra. La búsqueda del Santo Grial es el Santo Grial. Tiene que ver con una búsqueda que en realidad es para el que cree. Los artistas hacen ese viaje

como el de la piedra filosofal, como de Santo Grial, y expresan pensamientos, emociones y acontecimientos, cuentan historias Y algunas personas nos tocan el alma. Algunas. No todas. Y entonces es por lo que esencialmente vale la pena hacer arte. Es cuando las estadísticas me son indiferentes. No hago teatro para las estadísticas, ni por exhibicionismo, ni para cubrirme de gloria, ni para llenar los teatros, mucho menos como negocio (es una empresa considerada de alto riesgo). No actúo para vivir, vivo para actuar. Tiene más que ver con el querer que con el deber, o el tener, pero sobre todo con el creer: “Me ha dado por creer en todo lo increíble, en todo lo imposible, y en cuanto nunca ha sido y nunca habrá de ser. Creo en lo que nadie cree por el sencillo gusto de creer en lo que nadie cree, y creo en lo que creo, con absoluta fe”. Hago teatro, la verdad porque necesito hacerlo. Ni siquiera quiero hacerlo. Quisiera hacer algo que me permitiera comprarme una casa, una camioneta o irme de vacaciones, me encantaría. Pero lamentablemente necesito más hacer teatro. No espero a ver en qué me puede servir el teatro, sino en qué le puedo servir yo al teatro. Les digo a mis alumnos que lo que a uno le encabrona de los aspirantes que pretenden, o dicen querer hacer teatro, y no se dedican a esto con toda la pasión; es como la analogía de los drogadictos que se inyectan heroína e invitan a su casa a alguien que tiene curiosidad por experimentar con las drogas duras porque le parece que está de poca madre ¡Yo también quiero heroína! ¿Te cae que quieres un shot de heroína? ¡Me cae! ¿Te gusta tanto como a mí? ¡Sí! Bueno, pues ya que te veo tan erizo, ahí te va tu dosis. Y luego va y la tira al escusado. ¿Qué te pasa? ¿Por qué la tiras? Pues es que como que ya no estoy seguro de que me gusta. ¡Bueno, no te la metas, pero tampoco la tires! ¡Yo la necesito! Toda la gente que viene al teatro y no más tira la güeva,

para mí resulta rotundamente ofensivo, tanto como cuando un heroinómano ve que alguien tira la heroína por el escudado. Una grosería imperdonable. Hacer teatro en esta sociedad vulnerada por la ignorancia, en donde estamos en contra de las estadísticas y de las encuestas, en donde hay tanta tecnología de fácil acceso como la Internet, los celulares, la televisión; en donde la necesidad por ver a un ser humano, la sensibilidad de ser un espectador, que necesita sentarse en una butaca y ver a otro ser humano que le pasan una serie de sucesos, es cada vez menor, como bien lo comprueban las estadísticas oficiales.

El teatro está lleno de pocas recompensas. Por eso no hacemos teatro por gusto, hacemos teatro por necesidad. Y si no tenemos esa necesidad, pues yo siempre les aconsejo a mis alumnos que no hagan teatro. ¿Qué hacen aquí? Háganle caso a sus papás que buscan su bien y váyanse a hacer algo de gente decente. No esta profesión que como dicen los clásicos: "Es una profesión de malandrines y putitas" o "de malandrinas y putitos." Pero sí creo que es una necesidad. Así como esa persona que dibujó ese árbol y no sabe porqué lo dibujó así. Sucede otra cosa terrible con el estudio del arte teatral. Uno puede buscar ser honesto, ser directo, ser apasionado, ser coherente y eso no necesariamente se vuelve un arte. Y lamentablemente no hay manera de saberlo, sólo la historia y el tiempo lo dirán, pero ya vamos a estar muertos. Toda aquella persona que está verdaderamente consciente de que es un artista, estoy casi seguro de que no lo es. Vamos a poner el ejemplo de uno de los artistas más reconocidos de su época, cuando se murió fue como si se hubiera muerto un rey, era un rock star: Beethoven. Él era un mamón inamable, presumido y sordo. Estamos de acuerdo todos que era un gran artista. La música de Beethoven es algo de lo más cercano de estar con Dios a su lado. Quiero imaginar que Beethoven, en la soledad de su estudio, atormentado como buen artista romántico, decía: "Soy un pendejo. Lo que pasa es que ustedes son más pendejos que yo, pero todos somos unos pendejos". ¿Me entienden? El artista es atormentado. El artista no se cree un genio. En el momento que al artista no le conflictúa su obra, se llama José Luis Cuevas. Ha dejado de ser un artista. De veras, no hay manera. Nadie puede estar seguro de que lo es. Sólo puede uno ser honesto.

Hay una gran película de Tim Burton que a mí es de las que más me gustan de él, que se llama *Ed Wood*, en donde hay una charla ficticia, muy imaginativa, entre dos personajes que sí existieron. Uno es Ed Wood, (que está catalogado como el peor director de los Estados Unidos y de la historia de la humanidad), con Orson Wells, que es el mejor. Y entonces Ed Wood le dice a Orson Wells: "Es que señor, yo soy como usted, dirijo, produzco, escribo y actúo mis películas". Y Orson Wells le dice: "¡Muy bien muchacho, sigue así! Que nadie te diga que no". Entonces la ironía es divina, porque claro todos nos sentimos Orson Wells, pero en una de éstas somos como Ed Wood. Él en vida sentía que era la misma persona: "Yo soy como Orson Wells". Creo que uno en realidad tiene que vivir en la vida como si fuera Ed Wood, porque hay más probabilidades estadísticas de que seamos un Ed Wood que un Orson Wells. No nos queda más que ser sinceros, ser creativos, ser consecuentes, ser coherentes, y si uno es artista, pues ¿quién sabe? La historia nos juzgará. A lo mejor en 50 años, ninguno de los que estamos aquí aparecemos en una enciclopedia. ¿Y qué? No vamos a dejar



Juan Román del Prado

de hacer teatro ¿verdad? ¿Y qué, si las estadísticas están en nuestra contra? Seguiremos haciendo teatro porque necesitamos hacerlo y porque mientras haya una persona que sea interlocutor de nuestro discurso y necesite escucharnos y vernos, vale la pena insistir, resistir. Lo que hace legítimo un teatro es que tenga resonancia en la gente. ¿A quién hay que desterrar del teatro? A la gente no profesional, poco apasionada, chambera, chambona, güevona; ¿A los que no son tan geniales como yo?, ¿A los que nos son artistas –porque yo sí lo soy–?, ¿Quién lo puede determinar? ¿Dónde está la regla que lo mide? ¿Quién tiene una maquinita para medir la creatividad? Ser artista por supuesto es absolutamente subjetivo. Creo que el arte tiene esa función y el teatro es parte del arte que explica la vida. Explicársela al espíritu, no al raciocinio, ni al cuerpo. El cuerpo entiende la vida a través de los sentidos. El raciocinio a través de la inteligencia. El espíritu sólo puede entender la vida a través de dos maneras: la religión y el arte. Nos dedicamos más o menos a lo mismo que el Papa. Él también se pone un vestuario, se aprende sus textos, crea un personaje y dice que Dios habla a través de él. La diferencia es que los teatreros, no nos cogemos a los niños. Pero lo que es cierto es que esa necesidad espiritual sólo se soluciona mediante la religión, que es una opción, o el arte. Yo no concibo al artista que no se relaciona con su creación en una relación casi monacal. Un artista no está entregado a su profesión no nada más como un ingeniero o como un doctor, sino como un monje con su religión; nada más que nuestra religión se llama teatro. De pronto una persona cercana a mí me intentaba convencer de la palabra de Dios, y de la lectura de la Biblia, y yo le decía: “Pero es que ya hago todo eso que tú me dices. No más que yo en lugar de leer sólo la Biblia, también leo a Shakespeare. Y yo las respuestas no sólo las encuentro en el Génesis, también las encuentro en *Fausto* y en *La Vida es Sueño* ¡Pero la Biblia es un libro que dictó Dios! ¡También Hamlet! La única diferencia es que se lo dictó a un inglés. Los artistas no podemos vivir sin esa relación con el espíritu. No creemos en Dios como un señor de barbas blancas que está encima de las nubes, ése es Charlton Heston. La espiritualidad la materializamos en el arte como una necesidad que nos nace aquí adentro y que la hemos desarrollado. Yo no sé si cuando nos muramos realmente nos vaya-

mos a otro lado, posiblemente no, a lo mejor seremos energía que se dispersa y un puñado de átomos que se transforman, porque la materia ni se crea ni se destruye, sólo se transforma. Entonces nuestra energía se transformará en algo y nuestros átomos en otra cosa y seremos posiblemente parte de otra manifestación de vida. Pero lo que es cierto es que la necesidad legítima de relacionarnos con algo más que no es nuestra mente, ni es nuestro cuerpo, que es nuestro espíritu, existe en todos los seres humanos y cada quien escoge cómo relacionarse con él: Gurumai, el santo padre, Buda, Mahoma o el arte. Yo escogí el arte y de todas las Bellas Artes, el teatro. Ésa es la función del teatro y ésa ha sido siempre hasta en las sociedades más materialistas y conceptuales. Si analizas hoy en día los textos de Bertolt Brecht, son obsoletos, y su teatro político ha pasado de moda y sin embargo, el humano no. Lo que permanece de los textos de Brecht ya no es su discurso político sino lo que prevalece es su sabiduría humana. Ya no es tan importante que Arturo Ui fuera Hitler, porque Hitler afortunadamente ya se murió. Pero de lo que habla Arturo Ui, eso sigue siendo vigente, porque habla de una esencia de la naturaleza humana que aún existe y que es indivisible. Eso nunca va a pasar de moda, porque Brecht, sin que él lo supiera, tenía una conciencia que iba más allá de un principio político y social, que se refería al ser humano. Por eso aunque yo no haya vivido en la Alemania de los treinta, puedo identificarme con Brecht. Como decía Chejov: “Describe a tu aldea y describirás al mundo”. ¿Qué es lo que hace un artista? Hablar de sí mismo. Entre más honesto seas, mientras más hables de ti de a de veras, sin máscaras, a calzón quitado, más vas a hablar de todo el mundo y por lo tanto serás universal. ¡Qué paradoja! Mientras más profundo veo hacia dentro de mí, más lejos veo a mi alrededor, porque en esencia los seres humanos somos idénticos, queremos lo mismo: ser queridos, sentir que pertenecemos a algún lado, no morirnos. Y eso está en todas las obras de teatro. Puedes analizar *Edipo Rey* de Sófocles y *Todos eran mis Hijos* de Arthur Miller y son igualitas. La diferencia es que uno se acostó con su mamá, mató a su papá y trajo la peste a Tebas y el otro fabricó piezas de avión defectuosas que provocaron la muerte de jóvenes soldados, pero a fin de cuentas es lo mismo: el deber. 🐣